



PERSPECTIVA ANTROPOLOGICO-FILOSOFICA DEL DESARROLLO HUMANO

Germán Guarín Jurado

Anfora

La aclaración de concepto de desarrollo humano, tal como oportunamente lo plantean los profesores Rafael Campo y Mariluz Restrepo en el texto *La Educación en el Desarrollo Humano*, remite a dar una respuesta, o mejor, a precisar el sentido emanado de una primaria pregunta por el hombre; de ahí que necesariamente, bien lo dicen los maestros aludidos, haya que recurrir a la Antropología Filosófica. De este modo, cabe agregar a las ideas expuestas por Campo y Restrepo, algunas de las elucidaciones que en torno del concepto de hombre hace Ernst Cassirer en su texto *Antropología Filosófica*, en cuanto que complemento, ampliación del campo de discusión abierto por los pedagogos javerianos.

A la pregunta qué es el hombre suele responderse de manera esencialista, ésto es, atendiendo a la búsqueda de un substrato metafísico, dígame espiritual, que subyace en el interior, en el supuesto existente de un ser íntimo, puro de la conciencia individual. De donde, la presupuesta esencialidad, hay que insistir en ello, tiene índole individualista. Fue así que, entre las diferentes concepciones que desde la antigüedad griega emergieron sobre el hombre -dice Cassirer- hizo carrera aquella de dimensión aristotélica, según la cual el hombre es un animal racional, más racional que animal, y a partir de ella se elucubró el poder de la razón. El punto, que tal supervaloración de la racionalidad alimentó, con antecedentes también en la civilización griega, más concretamente en el platonismo, la posibilidad de lo que Cassirer llama la autognosis, y filósofos posteriores denominan autoconciencia y autoreflexión, es decir, la vuelta de la conciencia sobre si misma.

El privilegio de la razón frente a otros ámbitos de humanidad, facilitó la entronización de la idea de desarrollo humano ligada al dogma del orden y el progreso establecido por el espíritu científico de la modernidad capitalista, liberal e industrializada; desarrollo humano, en consecuencia, es desarrollo

económico, resultado de una antiquísima, pero eficiente y óptima disquisición sobre la esencial racionalidad de sujeto, puesta hacia la modernidad al servicio de una creciente, optimista e irresponsable sociedad burguesa. Es oportuno citar a este respecto las palabras de los pedagogos Campo y Restrepo: "La historia del desarrollo ha estado referida a la supremacía de la razón y a la acumulación de riqueza como conducente al bienestar del hombre... Prima la perspectiva de racionalidad, orden y organización, concepción ésta que ha dominado la vida, la acción y el pensamiento occidental frente a otras formas de vida consideradas como atrasadas." (1)

La tendencia a la razón superlativa es fruto de que es tradicional que el hombre circunscriba su universo a lo más inmediato y evidente, a lo más claro y distinto, a la esfera particular y privada del "yo pienso", atendiendo al llamado de René Descartes. Ahora bien, la sospecha cernida actualmente sobre los valores de la racionalidad, que si bien efectiva y eficiente no es convincente, responsable, liberadora, sino dominadora, obliga a pensar al hombre de otra forma.

La tesis que deseo plantear, animado en la lectura de Cassirer, y de Campo y Restrepo, es que si se necesita retomar a los griegos, como ha sido una propuesta en boga en nuestros tiempos, sería no para preguntarse sólo por el ser o por el mundo o por la racionalidad, sino además, por la sociabilidad, y así recuperar la segunda parte de la definición que del hombre hizo Aristóteles, a saber, la de animal político, a más de la de animal racional. Por tanto, habría que entender al hombre en comunidad y no como individuo. Lo que resulta valioso destacar a propósito de una educación integral y participativa.

Desde Sócrates, el pensamiento no es un monólogo interior, intelectual ni autocongnoscente, sino que es diálogo, así, el hombre no es uno sino varios, no es individualidad sino humanidad. La filosofía, la pedagoga



gía como reflexión sobre la praxis educativa, y la praxis educativa misma, son comunicación. En tal comunicación, en tal ambiente colectivo, se constituye la idea de sociedad, de cultura. La racionalidad no excluye la comunicación, no excluye la cultura. Dice Cassirer: "No podemos definir al hombre mediante ningún principio inherente que constituya su esencia metafísica, ni tampoco por ninguna facultad o instinto congénitos... La característica sobresaliente y distintiva del hombre no es una naturaleza metafísica o física, sino su obra. Es esta obra, el sistema de las actividades humanas, la que define y determina el círculo de humanidad." (2)

Cuando Cassirer se refiere a que al hombre lo constituyen sus obras, se ubica frente a la religión, el mito, el arte, el lenguaje, la historia, la ciencia; en este sentido, alude al mundo de lo simbólico, a la manera de segunda naturaleza, a más de la estrictamente racional, que identifica a la humanidad. El mundo de la cultura es aquella segunda naturaleza que, como nos lo reseñan Campo y Restrepo, ha creado el hombre mismo, en una comunidad, en un encuentro comunicativo. Valga decir que esas acciones humanas, esas que son sus obras y constituyen la cultura, no son una entidad abstracta, ajena a las dimensiones reales del hombre, sino que por el contrario configuran un compromiso con una idea de hombre social, en cuanto proyecto inacabado, en cuanto posibilidad, en cuanto ser perfectible.



Es del caso insistir, al quedar develado el hombre social y cultural, que vuelca su racionalidad sobre el proyecto colectivo y no meramente sobre el dominio instrumental de la naturaleza o del próximo, o de sí mismo (mediante la autognosis), en el carácter sociolingüístico de la acción cultural, de pronto intuido por Sócrates, pero no desarrollado hasta hoy. Campo y Restrepo enuncian que: "Toda sociedad es un sistema de interpretación del mundo, es una construcción, creación de un mundo, de su propio mundo" (3), apoyados en Tauraine, y agregan, fundados en Rorty, que la edificación de ese nuevo mundo ha de entenderse como "el proyecto de encontrar nuevas formas de hablar." (4). Esto significa, claramente, que la humanidad se autoconfigura en un mundo vital de actos sociales que se convierten en actos de habla, en acción comunicativa, como podría decir Habermas.

La premisa de Rorty, hace entender el desarrollo humano no como un proceso adaptativo del hombre a condiciones naturosociales externas, en el que se presupone una pasividad repetitiva de un estatuto tradicional por parte del sujeto individual y colectivo, sino como un proceso creativo de cultura, de símbolos de discurso, de siempre cambiantes modalidades de habla que se inerpelan. Sólo en tal sentido creativo, variopinto, de discursos divergentes, es posible concebir la idea de una sociocultura que puede aprender a vivir inteligente y legalmente en el conflicto, en la diversidad y solucio-

nar sin recursos bélicos las diferencias entre los hombres. A este respecto resulta ilustrativo el siguiente texto de Rafael Campo y Mariluz Restrepo: "... para contribuir al desarrollo humano, la escuela debe intentar recuperar el sentido de la palabra conflicto, desprendiéndolo de cualquier asociación con violencia o con cualquier otro significado peyorativo." (5)

El nuevo proyecto educativo, ligado a la perspectiva de un desarrollo humano en el que se conciben dimensiones más altruistas que el mero desarrollo económico aparejado a una definición carcelaria de la razón, abre la puertas a la consideración hermenéutica del mundo de la vida, bajo la cual, más que buscar la evidencia última, la idea clara y distinta, a partir de la cual explicar el dintorno, se inicia un caminar, un pensar comprensivo de sentido de las relaciones suscitadas en las acciones humanas, en los actos de actos de habla. La propuesta hermenéutica conduce a una razón comunicativa, al amparo de la cual se admite la importancia de la ración del lenguaje, en la medida que abandonen su ser monológico, a priorístico que impone categorías a la realidad, y mejor aún, sobre lo dado construye nuevos ámbitos de realidad, previo develamiento de nuevos sentidos.

Es a propósito del anterior párrafo que resulta interesante apuntar, parafraseando a Rafael Campo y Mariluz Restrepo, que la educación contribuye a un reaprendizaje del pasado, de lo real, para dar factibilidad de inventar el presente, de proyectar el futuro. Si bien lanzado a un mundo viejo, de pronto caótico y violento, el hombre tiene el derecho y la oportunidad de superar la existencia trágica y acceder a lo nuevo y benéfico.

Notas.

- (1) Campo, Rafael y Restrepo, Mariluz. La Educación en el Desarrollo Humano. En: Un modelo de seminario para estudios de postgrado, Bogotá: Universidad Javeriana, 1993, págs 24-25
- (2) Cassirer, Ernst. Antropología Filosófica. Tr: Eugenio Imaz. Méjico: F. C. E. 1975, pág. 108
- (3) Obra citada, pág. 28
- (4) Ibid, pág. 29
- (5) Ibid, pág. 35